

Comentario

Julio Schwartzman (ILH)

El pacto que sostuvo, tras la temeraria invitación de Jimena Néspolo, mi condición de comentarista de estos excelentes trabajos ha sido mi forastería disciplinar. No precisamente por falta de interés en esos objetos, inevitablemente implicados en la materia de mi propia actividad docente y de investigación, sino por no haberlos abordado de manera sistemática y con las herramientas específicas que requerían.

Dicho esto, mi escucha se ha detenido en algunos isomorfismos, recurrencias, homologías, en el audible diálogo que sostienen las búsquedas de Ennis y Bentivegna. Para limitarme a un aspecto: Juan recupera el instante en que Vicente Fidel López percibe la presencia espectral del mundo prehispánico como definitoria del tono del español de América; Diego, la finta con la que Amado Alonso desplaza las presiones de las autoridades académicas para la creación de una sección indigenista en el Instituto de Filología, caracterizando esa perspectiva como "más bien fantasmagórica".

Lo espectral y lo fantasmagórico, entonces. Ambas nociones tienen que ver con el tipo de americanismo que se observa en Vicente Fidel López y en Ricardo Rojas, y también en las orientaciones de Roberto Lehmann-Nitsche. Es que al recuperar ciertas versiones de la cultura precolombina como sedimento o sustrato de la producción de lo americano, necesitan liquidar a los sujetos históricos que las produjeron. Es decir, no es que para ellos la historia fuera (como en el estructuralismo de Althusser) un proceso sin sujeto, sino que necesitaban escindir los procesos de sus agentes; de la operación de ablación que los sustrae, surge, precisamente, lo fantasmagórico y lo espectral: fantasmas que recorren América.

Por eso puede ser fascinante la idea de Rojas de un *Silabario de la decoración americana*. Es como si las guardas y ornamentos constituyeran una protolengua que requiriera o bien el Champollion que restituya su alfabeto y habilite su comprensión, o bien el MacPherson que la invente en la ejecución de su texto mítico: un problemático *Ollantay*.

Estas posiciones, en que lo hermenéutico deviene demiúrgico, remite, hacia atrás, a las referencias al mundo indígena en la coyuntura revolucionaria de 1810, en el himno, en algunos

neoclásicos; y hacia adelante, al Rubén Darío que en el poema “A Roosevelt” sostiene que *nuestra* América “el alfabeto pánico en un tiempo aprendió”. Una gran construcción mitológica.

En ambos trabajos, el estudio de su objeto remite a saberes y tendencias como la antropología, la paleontología, la arqueología, el difusionismo, el evolucionismo, y llegado a cierto punto el marxismo, en la medida en que las indagaciones de Luis Valcárcel sobre el Perú prehispánico incidieron en el pensamiento de Mariátegui. En ese conjunto, y siempre pensando en los objetos de investigación, en ellos la paleontología aparece como disciplina modelar. Bentivegna y Ennis vuelven a la noción de fósil. Desde ya, no sería una paleontología prometeica como en las ficciones de Michael Crichton y Steven Spielberg. No se trata de que esos sujetos regresen de Lugones: cuando verifica, o más bien postula, en *El payador*, la desaparición de aquellos sujetos que han echado las bases de una identidad que asumir y con la que conjurar el peligro ultramarino, en lugar de entonar una elegía, canta una oda celebratoria.

Retomo la mención de Diego de la foto en la que Francisco Pascasio Moreno describe a los indios como ex indios por su indumentaria paisana blanca o porque ahora hablan español. La dilución de identidades a partir de cambios o transacciones culturales podría interpretarse, desde otro punto de vista, a la luz de la concepción gramsciana de la función homogeneizadora del Estado, que desde la escuela hasta el ejército consolida lo nacional en detrimento de los perfiles locales o dialectales. Habría allí una positividad, una herramienta. Sin embargo, ¿consideraríamos la corriente de resistencia a esa homogeneización un escollo ante la unidad de lo nacional-popular? Algunas modalidades de esa resistencia (la reluctancia ante el documento nacional de identidad, por ejemplo) se ven bien en el capítulo “Los aborígenes” de la serie documental de Eduardo Mignogna para la televisión pública: *Misiones, su tierra y su gente*, videos de 1985.

Quiero poner una coda a la cita que aporta Juan, del ensayo sobre “El idioma de los argentinos”, donde Borges apunta, respecto de Echeverría, Sarmiento, Mansilla, López y Wilde: “Dijeron bien en argentino: cosa en desuso. No precisaron disfrazarse de otros ni dragonear de recién venidos, para escribir”.

Paradoja muy del gusto de Borges: decir bien en argentino debería ser propio de todos. Sin embargo, es una práctica infrecuente. Contra el disfraz, entonces, y el dragoneo: es decir, en los años 20 del siglo XX enfrenta un rebote tardío del fenómeno moreirista, tal como habría sido

reapropiado, según la lúcida hipótesis de Adolfo Prieto, por los inmigrantes para una rápida nacionalización. Ennis ve en esa acotada antología argentina del joven preocupado por el idioma de los argentinos la marca de *shibboleths* criollos, el énfasis en los detalles, en cierta temperatura o ambiente, antes que en determinados valores. Eso es parte del antibelletrismo de Borges: decir bien no equivaldría a acatar pautas académicas, y se burlará siempre de lo que los académicos hispanos consideran decir bien: para él, ejercicios puramente ripiosos.

Decir bien en argentino como rareza. Es un nítido borgema. Así, en un texto incorporado como prólogo a la segunda edición de *Versos de Negrita*, de Baldomero Fernández Moreno, en 1956, escribe provocativamente que ya en su primer poemario Baldomero habría consumado un acto revolucionario, y cuando se propone definirlo dice: "miró alrededor". Es decir, remite a una atención aparentemente obvia pero que nadie hasta entonces (y Lugones menos que nadie) habría tenido.

Si volvemos ahora a la sencillez y la sobriedad de aquel "decir bien en argentino", nos gustaría pensar que, depurada de las connotaciones fóbicas e incluso clasistas que pudo tener la sentencia en el joven Borges, se insinúa allí una perspectiva desde la cual revisar las polémicas sobre la lengua desde Ernesto Quesada en adelante.